"LE DÉNOMBREMENT DU PEUPLE"

(PARA LEER UN CENSO)

A trescientos años de distancia del Vecindario de Campoflorido (1712/1717), *Indice* presenta en 2014 una primera *lectura* de los resultados del Censo de 2011. Al presentar, a su vez, esa presentación, la referencia no es gratuita: la lectura de los datos de aquel censo, por Gerónimo de Uztáriz, en 1724, constituyó como es sabido un caso ejemplar de hermenéutica salvaje –por hinchazón de cifras– con la vista puesta en Francia. Con la vista puesta, obligadamente, en un ambiente cultural donde era moneda corriente la imagen de una pavorosa despoblación española. O más plásticamente, de 'campos arrasados y parajes desiertos', paisaje elevado a categoría en la *lettre* LXXVIII de las *Persannes,* compuestas en 1721 por un magistrado francés metido a literato. A Montesquieu, pues de él se trataba, le gustaba leer censos. Incluso elevar esa lectura a algo parecido a filosofía política. Lo hizo al filo de 1731, componiendo unas *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et leur décadence*. Allí, en el capítulo crucial que articulaba el paso de *la grandeur à la décadence*, se hacía la descripción de la magistratura que conseguía *maintenir* el muy movido *gouvernement de Rome:* la magistratura a cuyo cargo corría *'le dénombrement du peuple'* y, a su compás, la *correction* de costumbres y usos, corrección de abusos no previstos por la *loi*, no punibles por el magistrado ordinario. Hasta esto alcanzaba censo, censor y censura: 'el censo en sí mismo, *le dénombremente des citoyens,* era cosa tremendamente sabia, era el reconocimiento de la condición de sus asuntos, un examen de su potencia', algo inédito hasta su institución romana. Conviene también recordar que, a su vez, todo esto se hacía con la vista puesta en Inglaterra: no como el de Cartago, no como el de las repúblicas italianas –e implícitamente, no como el de Francia– el *gouvernement d'Angleterre*, por constitución, engranaba perfectamente en una única palanca censo y legislación, censura y representación, *correction* de costumbres y autotutela, generando felicidad. Felicidad por constitución era el mito cargado, por lo demás, de futuro. El espectro, luego concretado como obsesión *legislativa* y desprecio de *administración*, recorrerá Europa.

Montesquieu no inventaba sus motivos. Estaba potenciando –y dependemos de esa peraltación para la lectura de cualquier documento censal– *después* de Campoflorido (y Uztáriz) una perfecta tormenta de ideas –británica, germana, francesa -inmediatamente *anterior* a Campoflorido (y la Nueva Planta), en cuya agitación se gestó el concepto de censo cuyo avatar penúltimo, aquí y ahora, es el Censo de 2011. No hace falta retroceder tanto en la historia como para tomar en consideración aquel primerísimo *État des paroisses et des feux* que hacia 1330 –cuatrocientos años antes de la historia romana de Montesquieu– constituyó el salto de la imaginación censal desde el mundo cerrado de las repúblicas italianas al universo casi infinito de las monarquías territoriales. Más cerca, el asunto se planteaba en torno al interrogante lanzado por un texto que, en 1615, asediaba una incertidumbre inquietante: "Una única cosa te falta, oh magnífico Estado: el conocimiento de ti mismo y desde ahí el uso de tu fuerza". Así arrancaba el *Traicté de l'oecomie politique* de Antoine de Montchrétien. A la vista de la imparable profundización conseguida en el autoconocimiento por la moral privada contemporánea, resultaba puesto en evidencia el escaso haber de autoconocimiento en asuntos de moralidad pública. Y ese era el guante que se arrojaba al rostro de Francia, justo cuando ésta se aprestaba a sedimentar la estabilización conseguida tras medio siglo de guerra civil religiosa, e intervenir –1635– en el concierto europeo desde posiciones de estatalidad neutral. A pesar de todo un Colbert, los años sesenta y los setenta de la Monarquía de Luis XIV operaban desde este déficit de autoconocimiento. Alemania, en parecido trance de salida de la guerra civil religiosa, había al menos identificado de qué unidad se trataba: la cameralística representada por un von Seckendorff, hacia 1656, sabía ya, para el universo de los príncipes alemanes, que se trataba de administrar *'das ganze land',* el territorio en su totalidad compleja en cuanto a articulación poblacional. Y en Inglaterra, la preocupación por la condición poblacional reconstruida sobre registros parroquiales de mortalidad se convertía –John Graunt, William Petty, desde 1662– en *Political Arithmetick* al filo de los setenta. Para una Francia ya sin Colbert, las cosas se agravaron con la decisión de conversión del Reino en una *'France toute catholique',* con la revocación en 1685 del Edicto de tolerancia de Nantes. Católica o menos, en cualquier caso Francia *toda* era el asunto, traducción francesa de aquel *das ganze land* que fundaba la posibilidad de una visión científicamente –y a la alemana– administrativa. El *interés* del Estado, la gramática con la que desde Henri de Rohan (1634/35) se exploraba el despliegue de

la soberanía, se doblaba ahora de inaplazable mirada hacia el tejido de ese todo desconocido, todavía continente sin medición, sin pesaje, sin exploración. *Louis XIV et vingt millions de français* es el título de un libro genial y controvertido de Pierre Goubert, en 1967, un título ya de imaginación historiográfica post-censal. No era un título posible, imaginable siquiera, al final de la década de los ochenta del XVII.

Correspondió a un ingeniero –y no a un magistrado doblado de literato– la imaginación de tal posibilidad. La invención de la noción de aproximación al todo que, más alla del *État*, y no siendo todavía la *Societé*, daba a aquel soporte, alimento, incluso finalidad. En un rosario imparable de *Mémoires* lanzadas desde 1686 a 1698, el ingeniero militar Sébastien Le Prestre, señor de Vauban, denunció la sangría poblacional e intelectual supuesta por la expulsión de los calvinistas (1686), llamó la atención acerca de la necesaria correlación entre número de súbditos e identidad de *Royaume* (1693), diseñó una imposición única escalonada como conector entre esos dos términos de la *incognita France* (1695), y, como clave de bóveda, imaginó un recuento periódico del total poblacional que convirtiera en magnitudes operativas las observaciones que se quedaban en el umbral de la operación estadística. Lo de menos es que proporcionara una filiación *chinesca* a tan fantástica operación. La *mémoire* donde tal cosa se exponía, de 1698, se titulaba *'Sur le dénombrement des peuples'*. Era la respuesta a la demanda de autoreconocimiento que formulara Montchrétien, y adoptaba la forma de un recuento censal periódico, en el mismo año en que un inglés, Charles Davenant, daba circulación ampliada a las especulaciones aritmético-políticas de Petty. Todo el despliegue textual de Vauban se recogería en 1707 como *Projet de Dixme Royale*, siendo objeto inmediatamente de una inmisericorde operación de censura policial. No era la única comparecencia de la *police* en todo esto. Ese mismo 1707 veía la aparición del primer volumen del gigantesco *Traité de la Police* del magistrado Nicolas De la Mare –seguirían otros, en 1710, en 1719 y póstumo en 1738– donde el viejo concepto francés de la *police*, se concretaba como moralización del orden público desde la capital –*la cour et la ville*– hasta el *Royaume*. Era una provocación en materia de censura de costumbres que no podía dejar de convocar a Montesquieu. Entre magistrados andaba el juego. Vauban, que no lo era, podía también filtrar hacia el futuro su proyecto de contribución única y registro censual periódico del total de *sujets*. Y última fibra para el tejido de esta compleja red: flanqueando al Montesquieu de las *Considérations*, un banquero parisino de procedencia irlandesa meditaba en un ensayo *sur la nature du commerce en général*. Lo importante de la posición de Richard Cantillon, en 1730, era la forma del todo sobre la que erigía su articulación comercial: la *nacionalidad*. Algo, la *nacionalidad* de la economía, que no estaba en Montesquieu, preocupado por el *Empire* de una ciudad, Roma, ni en De La Mare, preocupado por la moralización del *ordre public*. Algo que el par de siglos por venir desde este 1730 entrelazaría con el artefacto imaginado por Vauban. De momento, al cumplirse el primer siglo, hacia 1831, en las dos décadas posteriores a la muerte de Hegel, el argumento era una férrea implicación entre *nation-building* y 'entusiasmo estadístico', siempre a golpe de institucionalización censal. En el tránsito, si de leer el censo se trata, conviene mencionar, siquiera sea de paso, las incertidumbres de la introducción en la Monarquía de España, hacia 1770, de la contribución única y de la traducción de Davenant, en el tiempo en que un censo como el del Conde de Aranda (1768/69) buscaba habitantes, más allá de vecinos, y, como con Campoflorido, los buscaba en el continente de un todo peninsular de la Monarquía. Presencia fantasmal de Vauban, e incertidumbres de *nación* española.

En 1931, un literato nada tentado por la magistratura y cuya obra poética aparecía atravesada por posiciones de fondo visceralmente contrarias a la *estadística*, hacía balance explícito de los dos siglos que le separaban de Montesquieu. Literalmente. Era Paul Valéry, cuyas *Regards sur le monde actuel* se abrían con un texto que debe sonarnos –también inquietar al espectro de Montesquieu: 'Notes sur la grandeur et décadence de l'Europe'. El cotejo era explícitamente romano y censal: 'los miserables europeos han jugado miserablemente a ser Armagnacs o Borgoñones', no han sabido desempeñar 'el papel que los romanos supieron tener y mantener –*maintenir*–' y eso que 'leur nombre et leur moyens' no eran nada, comparados con los nuestros. El motor de la catástrofe, dos páginas más adelante: 'Des nations'. Las naciones se comparan unas a otras en términos 'de l'étendue, ou du nombre, ou du progrès matériel, ou des moeurs, ou des libertés, ou de l´ordre public'. Montesquieu más Cantillon, sobre los hombros de Vauban. O el problema de la nacionalización del sueño de Vauban, en la precaria danza equilibrista entre 'Estado' y 'Sociedad', como problema de lectura del censo. La referencia a la 'Nueva Planta' de Campoflorido, y a su deriva virtual, no era casual, en la apertura de esta presentación, que abre la lectura de un censo, como el de 2011, con su fondo irrenunciable de totalidad, y su innovación en cuanto a écriture virtual. Los *citoyens, peuple o peuples* que nombra o recuenta este *'denombrement'* de ahora, nos avecindamos, ningún Valéry a la vista, en esa lectura.

Julio A. Pardos